

Para el Viernes Santo.

¿todavía es justo y absolutamente justo el tratarle de esta suerte, y el agriarle los tormentos. ¿Jesu Christo, pues, sufrió demasiado segun esto? Si lo consideramos en el mismo Christo, si por cierto, pues siendo como es impecable por naturaleza, no mereció, ni pudo merecer sino las tiernas complacencias de su Padre; pero considerado respecto de nosotros, como rescate del genero humano, como víctima, como sueldo, y como paga de pecado, ¿sufrió demasiadamente? ¿Fue sobradamente humillado? No, responde animosamente San Juan Chrisostomo. A lo verdad, Christo pudo no redimirnos, pudo dejar la culpa sin rescate; pero desde que tomó a su cargo pagar por ella en su persona misma, por adorable que sea, no se podrá discurrir que haya exceso alguno en la venganza que toma el Padre. Desde que tomó sobre sus espaldas la culpa, cayeron tambien los dolores sobre ellas; y en qualidad de pecador, no hay penas, humillaciones, ultrages, clavos y cruz que no le convengan. Aun mas, oyentes míos, no es solo en la persona de Christo en quien la pena del pecado se halla justa y exactamente proporcionada con la culpa: por mas rigurosos que sean los castigos de los condenados en el infierno, y aunque sean eternos, son con todo eso finitos en sí mismos, y en los que los padecen tambien. Con que para que la pena fuese proporcionada a la culpa, era preciso que como es infinita la ofensa en el objeto a que mi-

Para el Viernes Santo.

mira, lo fuese tambien la satisfaccion en el sujeto que la daba; y esto solo se pudo encontrar en la Magestad de Christo.

De aqui saco dos reflexiones bien sólidas, y que jamás deberiamos perderlas de vista; la una, que el pecado debe ser en sí mismo una cosa bien terrible, pues la destruccion del Universo no bastará a satisfacer esta deuda; que las consecuencias del pecado deben de ser una cosa bien formidable, pues toda la eternidad de tormentos en el infierno no alcanzan rescate para él: que nuestra ceguedad debe de ser una cosa bien lastimosa, pues miramos como una vagatela el mayor mal de los males; y para hablar con propiedad, el mal unico que tenemos, los hombres que temer, le miramos como cosa de poca importancia, pues le cometemos con tanta facilidad, y reincidimos con tan poco remordimiento; y en lugar de estremecernos a su vista, le tenemos por una especie de dicha, y miramos como fortuna vivir atollados en él. La otra reflexion que formo, es, que fue necesario que el amor que tubo Christo a los hombres fuese ardiente y eficazísimo; pues se sirvió de todo el esplendor de su gloria para humillarse, y de toda la Esencia de su Divinidad para sacrificarse, con la mira de salvarnos.

Solo un Dios paciente pudo vengar en un todo a un Dios ultrajado. En efecto, dice el Señor, supuesto que no hay proporcion de mí a la criatura, podrían millares de holocaustos, podría

Para el Viernes Santo.

injurioso à su amor. No, no: arrojémosnos à morir por ellos, y pongamos aun en nuestra muerte el gozo de morir por su salud: *Moriamur in virtute propter fratres nostros*. Pues ved aqui lo que pasa en el corazon de Christo. Su Humanidad santisima se estremece à vista de los tormentos que la aguardan: ved su amor pagado con la ingratitude mas villana en la mayor parte de los hombres, que abusan de su muerte misma; y con todo eso nada es capaz de detener un instante el sacrificio. El tiempo ha venido ya, decia, y el momento de padecer se aproxima. Muramos por los hombres, les habré dado à lo menos las mayores pruebas de mi amor: *Moriamur in virtute propter fratres nostros*.

Escuchad cómo se explica con esta viva impaciencia en la persona del Santo Job. ¿Quándo será aquel dia, en que acometido por todas partes, maltratado, ultrajado en todo mi cuerpo, no halle yo otro consuelo, sino verme sin alivio? Padre mio, ¿quándo cesareis de afligir mi pueblo? Volved solo el azote contra mí: *Vertatur, obsecro, manus tua contra me*. Y tú, pérfido Discipulo, que me maquinás la muerte, lo que has de hacer, hazlo presto: *Quod facis, fac citius*. De aqui provino aquel aliento generoso con que ánima à sus Discipulos, y que le obliga à decir: Ea, que el que me ha de entregar se acerca, salgamosle, pues, al encuentro: *Surgite, eamus: ecce appropinquat, qui me tradet*. Divi-

no

Para el Viernes Santo.

no Maestro mio, ¿pues adónde vais? A la muerte. ¿Por quién? Por todos y cada uno de vosotros. ¿Para qué? Para manifestaros todo el amor que me abrasa y os profeso.

¿Penetrais bien, oyentes míos, este inefable misterio? ¡Un Dios ultrajado, y que paga en su Persona los mismos ultrages que nosotros le hemos hecho! ¡Un Dios, que nos pudo redimir y perdonar sin que le costase nada, y que ya que le costasemos algo, bastaba un solo suspiro, y quiere mas morir en una Cruz, que dejar de morir por nosotros! ¡Un Dios, que muere por nuestro interés solamente, y que no fuera menos gloria suya nuestra pérdida, que nuestra salud! ¿Qué hicimos, pues, los hombres para merecerle este amor? ¿Y qué hacemos para corresponderle, ò qué señales le damos de retorno?

Aprended, pues, dice San Bernardo, por lo que él hizo, lo que debeis vosotros hacer. ¿Quereis que prive à su santa Humanidad de aquella particular asistencia de su Divinidad santisima? Ya lo cumple, entregandola à todos los horrores de la muerte. ¿Quereis que su Divinidad combata positivamente à la Humanidad? Ya lo executa, y concurre con su sabiduria infinita à afligirla y angustiaria, à humillarla con el esplendor de su gloria, y con su esencia à sacrificarla. ¿Es mucho, pues, pedirnos un poco de amor en cambio de tantos trabajos? ¿Y con todo eso le tributais este amor? ¡Todo un Dios se turba à vista de vuestros pecados, y vosotros

C 2

os

Para el Vier-  
nes Santo.

os quedais tranquilos! ; Dios se aflige, y vosotros os consolais! ; Dios suda hasta regar la tierra con su sangre, y vosotros no habeis podido jamás darle siquiera una lágrima! ; Un Dios se humilla, y vosotros os levantais contra ese mismo Dios que se abate! Un Dios se ofrece y se sacrifica por vuestra salud eterna, y vosotros le posponeis y sacrificais à vuestros placeres! ; Qué pensais, pues, de su amor? ; Y qué pensais de vuestra insensibilidad tambien? Acabais de ver que su amor à los hombres dió principio à su Pasion; y aora vereis que el odio de los hombres la consuma: y este es el segundo punto.

### PARTE SEGUNDA.

**N**O hay pasion mas cruel que el odio; y quanto es mas injusto en su principio, otro tanto se complace comunmente en llegar à ser mas monstruoso en sus efectos. El llegó, pues, à estar tan envenenado en los Judios contra el Salvador, que los conduxo hasta el termino de quitarle la reputacion y la vida; à deshonrarle y perderle: dos verdades, que no es posible llegarlas à entender sin dolor y sentimiento.

¿ Os acordais acaso del honor que se hizo à Mardoqueo? Para colmarle de gloria, quiso saber Asuero hasta dónde podia llegar toda la magnificencia y poder de un Rey en la elevacion de algunos de sus vasallos. ¿ Qué puede ha-

cer un Monarca, preguntó el Rey para hacer resplandecer una parte de su gloria en aquel que quiere honrar? *Quid debet fieri viro, quem Rex honorare desiderat?* El privado le respondió, que lo que habia que hacer para este efecto, era mandar à uno de sus confidentes, que à aquel vasallo fiel le conduxese publicamente en triunfo por las calles de su Corte; que el pueblo le siguiese con aclamaciones y voces; y que vestido magnificamente, se le diese por corona el honor de la diadema. Asi se honra, añadió, à quien quiere el Rey honrar, y colmar de beneficio: *Sic honorabitur quemcumque voluerit Rex honorare.* Notadlo bien, oyentes mios, estas son las mayores señales que puede dár un Soberano, de estimacion y de honor para con un vasallo. For el contrario, estas son las mayores muestras que pueden dar los hombres de menosprecio y odio. Uno de sus Discipulos y confidentes pone à Christo en manos de sus enemigos: el Pueblo de Jerusalén procura con gritos, y voces descompasadas su condenacion y su muerte; y los Tribunales le visten de una ropa blanca en señal de su locura; y para el colmo de irrision, le tratan como à Rey imaginario: quatro articulos, que os van à hacer patente, que no pudo hacer mas el odio de los Judios para deshonrar à Christo.

Uno de sus confidentes, uno de sus Discipulos, Judas, cuyo nombre resuena todos los años

Para el Viernes Santo. <sup>511</sup> ¿Podría aun la sangre del Genero humano satisfacer mi justicia? *Numquid placari potest Dominus in millibus arietum?* Estad ciertos de que no, responde el mismo Señor. En mi propio Hijo hallé la víctima que necesitaba, una víctima digna de mí mismo, una víctima proporcionada à la superioridad de mi ser, y mi Hijo es el que os doy en rescate de vuestras culpas: *Ibid. v. 7. Dabo primogenitum meum pro scelere :: pro peccato.* En qualidad, pues, de Soberano, y en todo igual à su Padre, se ofrece la Magestad de Christo, y se sirve de su Esencia y Divinidad, para testificar todo su amor à los hombres. Con que si el Padre exige con plena autoridad la muerte de su Hijo, con la misma autoridad exige el Hijo la redempcion de todo el Genero humano; no yá como gracia, sino como deuda; y quien pide la paga es Dios, que la obra por sí mismo todo. Es verdad que debe para este efecto espirar en una Cruz; ¿però no es del mismo modo verdad que sube à ella con todas las prerrogativas inseparables de su Divinidad? ¿No está en la Cruz como en un Altar, en que honra à Dios con el mas perfecto de todos los sacrificios; como sobre un Trono, en que manda, que toda la tierra le adore; como en un Tribunal, en que pronuncia la sentencia irrevocable contra todo el poder de el inferno; en que salva, como dice San Agustín, à sus deícidas, y en que condena todos los desórdenes de los impíos? ¿Podría acaso ser entregado

do à la muerte, si él mismo no consintiese, y si con un milagro de su poder infinito no separáse él por sí el alma del cuerpo? ¿Podría tampoco sufrir tormentos tan excesivos, si con un milagro tambien no hubiera suspendido el gozo que le comunicaba la Divinidad, y el torrente de consuelos de que estaba inundada su bendita Alma, juntando en uno los dolores mas agudos con la Vision Beatífica, de que gozó sin interrupcion alguna al tiempo de sus tormentos? Es verdad, con todo eso, que le han de costar la vida; ¿pero cómo? despues de haber predicho tan à la letra el genero, y circunstancias de su muerte, y aun el que su muerte misma habia de servir por todos los siglos para prueba evidente de su Divinidad: y de hecho, aquel famoso Eunucó, Tesorero de la Reyna de Ethiopia, no quiso mas prueba, para creer que Jesu Christo era juntamente Dios y Hombre. ¿De qué modo, pues, acepta la muerte? Con una sumision à las ordenes de su Padre, y con una abnegacion de sí mismo, que no podia convenir sino solo à un Hombre Dios. ¿Con qué ardor la desea? Con una ansia que le transporta, y oprime, obligandole à decir à voces, que se tarda en consumir el sacrificio.

¿No os viene aqui à la memoria, oyentes míos, aquel generoso sacrificio que hizo el valeroso Macabéo de sí mismo, por salvar la vida à sus hermanos? Quanto se le proponia para que evitase la muerte, otro tanto despreciaba como